

FERNANDO PONS

BREVES CONSIDERACIONES

SOBRE

La Enseñanza Laica

El partido liberal ha conseguido el triunfo mediante las armas y debe conseguirlo también mediante la instrucción.—EL TIEMPO.



QUITO

El Tiempo-Quito-Guayaquil

1907



ENSEÑANZA LAICA



Enseñanza Laica

I

EN EL TIEMPO de esta ciudad apareció hace algunos días, un artículo titulado "Instrucción Laica," cuya síntesis fue: el partido liberal ha conseguido el triunfo mediante las armas, y debe conseguirlo también mediante la instrucción. Hace poco vió asimismo la luz pública, una "Carta Pastoral" del señor Arzobispo de Quito, cuyo fin capital fue hacer saber á los padres de familia, que la educación laica es contagiosa como la lepra, y que nadie puede vivir en contacto con el maestro laico y conservar sana el alma.

Lo dicho por EL TIEMPO y lo dicho por la "Pastoral" ha sugerido en mí la idea de terciar en el asunto, sino para arrojar luz, que no la han

menester quienes sobre él escribieron, ni puede emitir mucho de sí quien esto escribe, al menos para dar á conocer una opinión más, que bien pudiera ocurrir que no fuese ella del todo fútil ni del todo importuna.

Con esto empezaré por decir, pues, que la enseñanza laica es una cuestión de vital interés para el porvenir del Ecuador, y que, en mi concepto, hace bien el Supremo Gobierno en dispensarle las atenciones que se merece.

Pero bueno será indicar primero, el lugar de donde nos viene eso del laicismo.

Como la mayor parte de las ideas regeneradoras, la instrucción laica, tal como hoy la entendemos, tuvo su origen en Francia, fue obra de su famosa revolución y reconoce dos poderosas causas. Para comprender la primera, es preciso recordar que los únicos maestros ó al menos los maestros más influyentes, que durante largos siglos han tenido los pueblos latinos, son el clero en general y los jesuitas muy señaladamente. Somos en gran parte hechura de ellos; de ellos hemos recibido casi toda nuestra instrucción, y á ellos debemos principalmente nuestro modo de ser, nuestro carácter, nuestros hábitos y costumbres. (por eso somos.....lo que somos). Ahora bien; el sistema de educación empleado por la Iglesia, por los jesuitas, nunca ha sido bueno y creemos que nunca lograrán ellos

que lo sea. Esto empezó á comprenderlo Francia, y en los albores de su ya citada revolución, se levantaron enérgicas protestas contra la enseñanza jesuítica. Entonces decían unos. ¿“A quién podrá persuadirse de que los padres de familia, que poseen un sentimiento que no ha podido conocer jamás un sacerdote, sean menos capaces que éste para educar á los niños?” Otros añadían: —“Es un hecho que en la educación que se daba en Esparta antes que á nada se atendía á formar espartanos, Así es como se debiera hacer en todos los Estados, inspirarles sentimientos del ciudadano, formar franceses entre nosotros y para hacer franceses trabajar para formar los hombres.” A lo que otros agregaban: “El mayor vicio de la educación y tal vez el más inevitable en tanto que ésta se ha confiado á personas que han renunciado al mundo, es la falta absoluta sobre las virtudes morales y políticas”.....

(*) Como se ve, la mala educación dada por los jesuitas, por el clero, fue causa de que el pueblo francés tratara de que, en la enseñanza, el clero y los jesuitas fueran reemplazados por los seglares. Esta es la razón que entonces tuvieron los franceses para proponer la enseñanza laica; esta es la razón que van com.

(*) G. Compayré—Historia de la Pedagogía,

prendiendo ya los españoles, y que más ó menos pronto les moverá á imitar á los franceses; esta es la razón que han tenido algunos países hispano-americanos, para imitarles; esta es la razón que hay en el Ecuador para intentar hacer lo mismo, y esta es la razón que impulsará á los pueblos latinos todos á establecer general y definitivamente la escuela laica, porque en la escuela laica está todo su porvenir; salvando, como es consiguiente, el parecer del señor Arzobispo de Quito y el de la Iglesia á que pertenece.

Mas la razón de ser de las escuelas laicas, no está solo en lo que he dicho. Lo que llevo dicho constituye lo que podríamos llamar razón pedagógica. Hay otra que es netamente política y no menos influyente. En ella tienen su origen la mayor parte de los males que hoy afligen al clero, y ella es, en gran parte, la causa de que vaya él perdiendo el dominio y soberanía que antes tuviera en el mundo. La Iglesia y sobre todo los jesuitas, no han aspirado, ni aspiran ni probablemente aspirarán jamás, sólo á conservar el sentimiento religioso de los pueblos; el objeto capital que han perseguido siempre, la idea madre que les ha dominado, no ha sido otra sino la de gobernar al mundo, la de ser de él los verdaderos amos y señores. "Dios encargó á San Pedro no sólo del gobierno de la Iglesia universal, sino

también de regir el mundo. Así como todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno doblan las rodillas ante Dios, así deben todos obedecer á su Vicario para que no haya sino un rebaño y un pastor." En estas frases que la Iglesia ha pronunciado y á las que la Iglesia se ha atenido, se halla el gran peligro de la Iglesia. No ha podido comprender ella que los pueblos no quieren ser rebaños, ni quieren que su pastor sea el Papa.

Y en efecto; consecuente la Iglesia con esa idea-madre, consecuentes los jesuitas con su egoísta proyecto de dominar al mundo, trataron de inmiscuirse en los asuntos políticos; y sabiendo que éstos se resuelven en los grandes centros y no en las aldeas, en los palacios y no en las humildes viviendas, en los palacios y en los grandes centros penetraron, y en los palacios y en los grandes centros dominaron. Por esto Clero y Monarquía anduvieron unidos; por esto los vicios y errores del uno eran imputados á la otra, y, viceversa, y por esto se llegó á pensar que atacando á la Monarquía se atacaba al Clero, y sacudiendo el yugo del Clero se sacudía el de la Monarquía. Así lo comprendió el pueblo francés; y en esa exacerbación de ánimos que precedió á la regeneradora revolución. Clero y Monarquía peligrosaron, y Clero y Monarquía se fueron abajo.

Como corolario de todo esto, surgió la edificante *escuela laica*.

II

La escuela laica, con relación á los países latinos, debe ser forzosamente la escuela del porvenir. Esto no es sino una consecuencia de la natural evolución que los pueblos van sufriendo á través de los tiempos y en armonía con su grado de civilización. Los sistemas astronómicos, como los sistemas políticos, como los sistemas religiosos, obedecen todos á la misma ley. Esta ley es hija de Dios, porque es ley de la Naturaleza, porque es ley del perfeccionamiento gradual y progresivo á que está sujeta la humanidad. El hombre es un ser perfectible, es un ser educable, porque es un ser racional. La razón es también hija de Dios. Si hay un error y éste se halla en el despreocupado seglar ó en el cuidadoso sacerdote, en la persona de un Papa ó en la persona de un Rey, en la escuela ó en el hogar, en la Iglesia ó en el mundo, este error, decimos, lo va corrigiendo el hombre á medida que lo va comprendiendo, y lo corrige me-

dian­te las fuer­zas que Dios mis­mo le ha da­do.

Hu­bo un tie­mpo, por ejem­plo, en que se creyó que la Tie­rra ocu­pa­ba el cen­tro del Sis­te­ma Pla­ne­ta­rio, al­re­dor de la cual gi­ra­ban el Sol y los de­más as­tro­so: esto creía la San­ta Es­cri­tu­ra y esto en­se­ña­ba la San­ta Es­cri­tu­ra. Mas apa­re­ció un hom­bre, Ga­li­leo, que le pa­re­ció que esto no era ver­dad: el er­ror que éste hi­zo no­tar ha si­do de­bi­da­men­te con­fir­ma­do, y hoy si­gue la Tie­rra gi­ran­do en el es­pa­cio in­fi­ni­to, á pe­sar de lo que cre­ye­ra la San­ta Es­cri­tu­ra y á pe­sar de lo que en­se­ña la San­ta Es­cri­tu­ra.

En el mun­do mo­ral pa­sa lo mis­mo que en el mun­do fí­si­co. Exis­te un sis­te­ma re­li­gi­oso, el Ca­to­li­ci­s­mo, me­di­an­te el cual se nos da á co­no­cer el orí­gen del hom­bre y su fin ul­te­rior; se nos di­ce lo que es esta vi­da, con­si­de­rán­do­la co­mo lu­gar de des­di­chas y mi­se­rias, y lo que es la o­tra, juz­gán­do­la co­mo man­sión fe­liz y glo­rio­sa; se nos im­pone la fe co­mo me­di­da sal­va­do­ra, ob­li­gán­do­nos á creer co­sas que nun­ca po­dre­mos com­pren­der; se nos ha­bla de un Cie­lo de un Lu­ci­fer y ha­sta de las cal­de­ras de Pe­ro Bo­te­ro. Los hom­bres, los pue­blos la­ti­nos to­dos, go­ber­na­dos por la Ig­le­sia du­ran­te mu­chas cen­tu­rias, han si­do edu­ca­dos me­di­an­te ese mor­ tí­fe­ro sis­te­ma; y los hom­bres, los pue­blos la­ti­nos to­dos, sien­ten ya el es­ter­tor de su ago­nía. "Nos fal­ta dis­ci­pli­na, nos fal­ta ca­rá­cter, se di­ce

en Francia; debemos procurar que nuestras escuelas aspiren ante todo á formar ciudadanos, á formar franceses, á formar hombres." "Vamos degenerando, dicen los españoles, y no hay más tabla de salvación que un cambio en los sistemas educativos." Y eso que se dice en Francia y eso que se dice en España, lo van repitiendo por iguales causas los países hispano-americanos.

Ahora bien; la formación del carácter; la formación del ciudadano, la preparación de hombres para esta vida, no puede conseguirse con el sistema hasta hoy empleado por el Clero. La Iglesia, á pesar de su sabia filosofía, nunca ha logrado comprender todavía las leyes á que está sujeto el humano ser y por esto no lo ha podido educar. La Iglesia no ha visto en el hombre sino el sentimiento religioso que lo liga á Dios, y todo lo demás, para ella, ha sido cosa muy baladí. La Iglesia ha enseñado á los hombres que este mundo es malo, pero nunca ha logrado hacerlo mejor, ni conseguido que los hombres supieran mejorarlo. La Iglesia, por hablar siempre de la otra vida, por obligar á los hombres á fijar constantemente su vista en el Cielo, les ha obligado á andar á ciegas por la Tierra. La Iglesia, creyendo que los hombres se gobiernan solo por las ideas, ha descuidado mucho la formación del carácter, la formación de los buenos hábitos y cos-

tumbres. La Iglesia, en fin, ha tratado, á su modo, de formar hombres para la otra vida, no para ésta; hombres que sepan ser sólo, según ella lo entiende, humildes siervos de Dios, no hombres que sepan ser hombres, hombres que sepan ser verdaderos ciudadanos, cumplidos caballeros.

Y por esto los pueblos latinos quieren corregir estos errores, y los quieren corregir formulando otro plan, siguiendo otro camino, adoptando otro sistema. Y por esto los pueblos latinos, sin dejar de ser hijos de Dios, sin negar á Dios, sin atacar á Dios, no quieren ya que los eduque la Iglesia, que los eduquen los jesuitas, que los eduque el Clero; y por esto quieren implantar la *escuela laica*.



III

PARA los que no habían oído sonar nunca ese calificativo *laico* ó *laica*, y para los que, habiéndolo oído, no han logrado comprender lo que con él se quiere significar, para esos, la enseñanza laica ha venido á ser algo así como un fantasma, como un espantajo. No hay tal. La enseñanza laica tiende á ser la enseñanza de la verdad, y la verdad nunca debe espantar. Se pretende hacer creer que es mala, y hasta se la ha comparado con la lepra. Tampoco es mala, ni tampoco es lepra; yo os lo probaré, no con los cómodos argumentos de un Prelado, pero.....os lo probaré.

La escuela laica, dicen los enemigos de ella, es la escuela sin Dios. Ofende á Dios quien tal dice. Dios debe estar donde está la verdad. Las escuelas laicas se proponen combatir el error, ó lo que es lo mismo, enseñar la verdad: luego Dios debe estar con ellas.

—Y ¿cuál es la verdad que se proponen enseñar las escuelas laicas?—

No existiendo más que una, enseñarán la única que existe.—¿Y cómo podrán enseñarla, si esta única verdad está en la Biblia, está en la Iglesia, está en los Santos Padres, y las escuelas laicas quieren prescindir de todo eso?—Ahí, ahí, es en donde deben fijarse mis lectores, y en lo que voy á decir.

Hay un libro muy fiel y muy sabio; más fiel y más sabio que la Biblia, más fiel y más sabio que la Iglesia, más fiel y más sabio que los Santos Padres. Es el único libro que Dios ha escrito, no por obra é inspiración de nadie, sino por inspiración y obra de sí mismo: es el gran libro de la Naturaleza. En él se inspiraron los hombres para descubrir las leyes de la gravitación universal, para descubrir las leyes de la Química, de la Optica, de la Acústica, del mundo físico en general. En él se inspiraron los hombres para descubrir las leyes del mundo moral. Por él se sabe que en el hombre se halla refundida esa misma Naturaleza, cuyas leyes resume y condensa. Por él se sabe que en el hombre hay un cuerpo, que no es, como se pretendía enseñarnos, *despreciable podredumbre*, sino un cuerpo que es digno de todas las atenciones, digno de todos los cuidados; ya por ser delicada obra de Dios, ya por ser instrumento del alma. Por él se sabe que existe esta alma, cuyas facultades, cuyas potencias, no son memoria, entendimiento

y voluntad, como erróneamente nos enseña la Doctrina Cristiana, sino *inteligencia, sensibilidad y voluntad*; mediante las cuales el alma, respectivamente, *piensa, siente y quiere*. Por él se sabe la recíproca influencia que estas facultades ejercen entre sí, las diversas formas de actividad de que cada una es susceptible, el influjo que todas ellas tienen sobre la vida física y vice-versa, y cómo todas ellas concurren á formar la *conciencia moral*, en la cual, los hombres hallarán siempre los principios y reglas que deben informar su conducta.

Si los hombres han deducido todo esto del gran libro de la Naturaleza, si los hombres han comprendido que ella es fiel, que ella es sabia, que ella no nos engaña, ni nos puede engañar, porque en ella está la palabra de Dios, los designios de Dios, las leyes que Dios ha impuesto á todos los seres; lo mismo á los átomos que absorben la atención del químico, que á los mundos siderales que absorben la del astrónomo; lo mismo á la microscópica célula que estudia el biólogo, que al mismísimo hombre, á ese *microcosmo* que estudian los filósofos, ¿por qué las escuelas laicas, los maestros laicos, no pueden, no deben buscar en la Naturaleza y no en la Biblia, en la Naturaleza y no en la Iglesia, en la Naturaleza y no en los Santos Padres, los principios de la humana educación?

He ahí, pues, el objeto de tales escuelas. Ayudar, dirigir y formar al hombre según las leyes de su propia Naturaleza. Enseñarle el lugar que ocupa en el gran concierto de la Creación; hacerle ver lo que es y lo que puede ser. Decirle que en esta vida no todo debe ser lágrimas, tristezas y miserias. Inspirarle amor al trabajo, y hacerle comprender que éste constituye una ley de la Naturaleza, á la que nadie puede sustraerse. Instruirle, formar su carácter, sus hábitos y sus costumbres; estudiar y guiar sus fuerzas y sus aptitudes, y decirle, según sean ellas, que puede ser un buen artista, un buen industrial, un hombre de ciencia. Hacerle ver que posee un corazón susceptible de las más nobles y simpáticas afeciones, y que este corazón encontrará siempre dulces ecos en el seno de las buenas compañías, en el seno del hogar, en el seno de la sociedad, en el seno de la gran familia humana. Enseñarle que hay un pedazo de Tierra donde han nacido no todos los hombres, sino los hombres que desde su infancia han respirado unos mismos aires; se han desarrollado bajo iguales ó parecidos climas; han visto y contemplado los mismos cuadros, los mismos panoramas de la Naturaleza. Enseñarle que en ese pedazo de Tierra se hallan nuestros propios hogares; nuestros primeros amigos, con quienes compartimos nuestras infantiles alegrías; que en él se oyeron los

mismos acentos, los mismos arrullos, las mismas armonías, los mismos cantos, al compás de cuyas dulces afecciones, latió por primera vez nuestro corazón. Enseñarle que en ese pedazo de tierra balbuceamos todos las mismas palabras, aprendimos todos la misma lengua y nos educamos todos al calor de un mismo Gobierno, de unas mismas Leyes, de unas mismas instituciones. Enseñarle en fin, que hay una Patria, á la que todos debemos el más desinteresado amor, y por la que todos debemos estar dispuestos á sacrificarnos.

Y si tal es el objeto de las escuelas laicas, si tal el fin de los maestros laicos, las escuelas y los maestros laicos, ínclito Pastor, las escuelas y los maestros laicos, insigne Prelado, las escuelas y los maestros laicos, ilustre Arzobispo de Quito, no son, no pueden ser malos; no son, no pueden ser *lepra*.



IV

Si la enseñanza laica se propone los fines bosquejados en nuestro artículo anterior, si ella aspira á formar hombres en armonía con las leyes de la propia Naturaleza humana, es indudable que ella, y sólo ella, logrará llenar los vacíos que hoy se observan en la educación de los pueblos latinos.

El primero y más trascendental efecto que seguramente habrá de producir, como se implante en debida forma, es el cambio favorable en nuestra disciplina, en nuestro carácter, en nuestros hábitos y costumbres.

La enseñanza laica, libre ya de las funestas trabas de nuestra mal entendida religión, nos enseñará que en este mundo podrá haber lágrimas, pero que no es, ni con mucho, un *valle de lágrimas*; que podrá ser un mero tránsito y hasta encerrar mucha maldad, pero que no debemos pasar sobre él como por sobre ascuas.

No hay en la Naturaleza, seres iguales ni superiores al hombre; luego son todos inferiores; por eso se

ha dicho que él es el rey de la Creación. ¿Y el rey de la Creación, debe en esta vida, cruzarse de brazos, esperando que de cualquier modo se deslicen sus días, hasta que llegue ese momento, ese fin supremo, esa otra vida, esa felicidad, esa gloria tan sabiamente descrita, pero tan nociva, tan contraproducente para el bienestar de este mundo? Eso de que las desgracias, las penalidades, los sufrimientos de esta vida, sean una probabilidad para la gloria en la otra, podrá ser un consuelo, pero es al mismo tiempo, y aunque parezca contradictorio, un consuelo debilitante, insalubre, matador. Al creerlo así, al suponer que nuestras desgracias serán más tarde, allá en la otra vida, motivo de nuestra suprema felicidad, hace que nos conformemos con ellas, y que no pongamos de nuestra parte cuanto debiéramos para poderlas evitar. Esa conformación, sin que nos demos cuenta de ello, nos hace caer, en cierto modo, en el *fatalismo* de los árabes; los cuales, en virtud de sus erróneas creencias, suelen permanecer tranquilos y resignados ante los infortunios de que son objeto.

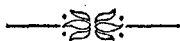
Fijaos en esos hombres y en esas mujeres que siendo los unos padres y las otras madres, y teniendo, por consiguiente, hijos, piensan ante todo y sobre todo en el otro mundo, en la vida eterna, en la dicha, en la felicidad, en la gloria que allá arriba les espera, llevando siempre una vida,

contemplativa, sin atender á las cosas de este mundo más que en lo que es puramente necesario, y cuidando de que sus hijos se inspiren en los mismos sentimientos y sigan las mismas prácticas. Fijaos en esos hombres y en esas mujeres que, considerando al mundo como al primero de los enemigos del alma, no ven en él lugares más seguros que los templos, amigos más sinceros que los curas, consejeros más fieles que el confesor, ni ocupación más digna que el rezo. Fijaos, repito, en esos que se cruzan de brazos ante los infortunios, y en esos otros que, aunque los abran, no es sino para empuñar el cirio, ó para estrechar la mano de algún ministro del Señor, y, ¿no os parecerá, que esos tales, viven enfermos ó padecen algo así como una intermitente catalepsia que no les permite recobrar los sentidos, sino para anunciarnos de vez en cuando que la *Virgen parpadea*?

Pues bien; la enseñanza laica se propone hacer revivir á los pueblos; y la enseñanza laica y no la jesuítica, la enseñanza laica y no la del clero, es la única que puede conseguir que el mundo marche, y que marche por donde debe marchar. Ella hará comprender al hombre, de cuánta dicha y bienestar es él susceptible, si es que los sabe conquistar. Ella le hará entender que si Dios le ha creado para que sea el rey de la Creación, es también para que viva como Rey. Eso

de que el mundo no es sino *un valle de lágrimas*; eso de que el mundo no es sino el primer *enemigo del alma*; eso de que el mundo no es sino la mansión donde priva el Demonio, Lucifer ó Satauás, y que á cada paso tengamos que ir haciéndonos la Señal de la Cruz, para librarnos de sus malélicas tentaciones, eso que ha enseñado la Iglesia, que ha enseñado el Clero, es una barrera para el progreso, un obstáculo para obtener en esta vida la dicha y bienestar de que somos susceptibles, una valla poderosa para que los hombres realicen en este mundo el fin á que están llamados.

La Iglesia, para educar á los hombres sigue este lema: este mundo es malo; conformaos con sus desdichas hasta que llegue la hora suprema de abrirseos las puertas del Cielo. La escuela laica, sigue este otro: este mundo ha sido, es y será siempre, lo que se quiera que sea; de vosotros depende hacerlo bueno ó malo; trabajad, educaos, y hallaréis en él la dicha, el bienestar y la felicidad de que sois susceptibles.



V

OTRO de los efectos saludables que de la enseñanza laica hay que esperar, es el de estrechar los lazos de unión entre los mismos ciudadanos, entre los miembros de una misma nación. Hoy los pueblos latinos están sujetos á luchas intestinas, á luchas fratricidas, la mayor parte de las veces sólo por causa de nuestra mal entendida religión.

El elemento que se va, el elemento que dominó á los Estados, que dispuso de los Estados, que movió á los Estados por senderos tortuosos, el elemento clerical, está en pugna con ese otro elemento que se levanta, robusto, pujante, batallador; llevando por armas, la fuerza y luz de la razón, y por móviles, los sentimientos enérgicos, firmes y poderosos que le impulsan hacia el universal progreso: es el partido liberal. No hay pueblo, no hay ciudad, no hay aldea alguna de nuestra latina raza, donde no se destaque esa lucha, donde no se libren esos combates en-

tre los amigos de lo pasado y los que anhelan mejor porvenir, entre conservadores y liberales. Esa lucha está en las Asambleas, está en los libros, está en la Prensa. ¿Debemos consentir, también, que exista en las Escuelas? ¿Qué saben, ni qué pueden saber los niños, sobre la verdad ó el error que pueda haber en el budismo, mahometismo, protestantismo, catolicismo, ultramontanismo, liberalismo? ¿Ni cómo imponer á un mahometano el dogma católico, ni á un budista el protestante?

Largos años ha luchado el catolicismo con el protestantismo; el catolicismo con el mahometismo. Cruentas é inhumanas guerras se han encendido por defender la una ó la otra religión. Torrentes de sangre se han derramado por querer tener Papa, ó no tenerlo; por adorar á pedazos de lienzo ó madera, ó no adorarlos; por ir á contar á un cura las faltas propias, ó no contárselas. Millares de seres han perecido durante centenares de años, por querer defender la Biblia, ó por querer defender el Corán. ¿Debemos nosotros ahora resucitar esas luchas? Pudiendo asistir á las Escuelas de los pueblos latinos, hijos de católicos, de libre-pensadores, de protestantes, etc., ¿debemos sembrar la cizaña entre ellos, para que más tarde vuelvan á encenderse las mismas inhumanas guerras?

El simple sentido común nos di-

ce, aunque no nos lo diga la fé católica, que en materias religiosas el único juez y árbitro debe ser la conciencia de cada individuo. Porque los resultados, las consecuencias, el premio ó castigo que pueda haber en seguir ésta ó la otra religión, ó en faltar á los preceptos de la una ó de la otra, se adjudica ó se aplica, no en este mundo, sino en el otro. Por esto, en esta vida, la verdad ó error que á este respecto pueda cada cual profesar, no trasciende, no pasa á los demás; de ahí la libertad que sobre esto puede reinar. En el orden social ó político, no sucede otro tanto. Puede haber algún desnaturalizado que no quiera, por ejemplo, reconocer el derecho de propiedad, y se proponga practicar el robo ó el crimen. Esto afecta á los intereses de otro, y por lo mismo no puede ni debe consentirse. Mas en materias religiosas, repito, cada cual es un soberano, porque los secretos de su conciencia no afectan á los intereses de nadie.

A lo cual, se objetará tal vez: ¡pero esto es inhumano, es una atrocidad! ¿Cómo consentir que uno deje de profesar la religión católica, apostólica, romana; cómo no obligarle á que la profese, sabiendo que el que se aparte de ella, ó el que no viva en su seno, va camino recto á los infiernos? Pues esto no lo ignora ese coloso que vive al Norte de la joven América; esto no lo ignoran la sabia Alemania ni la culta Inglaterra,

que viven en la vieja Europa; esto lo saben hasta los que viven en el Celeste Imperio, y sin embargo unos y otros se hallan muy tranquilos y satisfechos con sus respectivas creencias.

No hay, pues, razón filosófica, ni razón social, ni razón política, que abone la enseñanza de la religión en las Escuelas. No son las cosas del otro mundo lo que en éstas debe enseñarse, sino las cosas del mundo en que vivimos. Su fin capital no debe ser otro sino preparar á los niños para el destino social á que más tarde serán llamados; procurar ante todo y sobre todo formar ciudadanos; formar hombres; formar franceses, en Francia; españoles en España; ecuatorianos en el Ecuador.



VI

El hecho de considerar este mundo sólo como un mero tránsito ó paso hacia otro, como enseña la Iglesia, y el hecho de considerarlo como una morada concedida por Dios al hombre, para que éste la estudie, la trabaje, la perfeccione con sus propias fuerzas, á fin de que le sirva de recreo, solaz y expansión, como enseña la Escuela laica, determinan dos puntos de vista tan diversos, marcan dos rumbos tan divergentes, que, según se siga el uno ó el otro, no puede por menos que obtenerse resultados enteramente distintos. Por el uno, cubierto de sombras y penumbras, que no basta á desvanecer la pálida luz de la fe, no se va á ninguna parte, se queda uno siempre en el mismo lugar, esperando sólo que le llegue la hora suprema de poner su alma á disposición de quien se la dió. Por el otro, alumbrado por la luz de la razón, se va en constante persecución de un más allá, se va siempre en busca del bienestar, del progreso, de la dicha y

perfección; que es el bello ideal á que aspiran y deben aspirar los pueblos. Para tomar el primer rumbo, no hace falta *saber*; basta *creer*: la instrucción es un estorbo. Para tomar el segundo, no basta *creer*; es preciso *saber lo que se cree*: la ciencia es indispensable. Siguiendo el uno, hay que volver la vista hacia atrás; porque, á todo trance, hay que conservar lo pasado. Siguiendo el otro, hay que mirar hacia adelante; porque, á toda costa, hay que buscar mejor porvenir. Quien lleve el primer rumbo, debe abdicar de su razón; porque ella es un constante peligro para la fe; debe, por consiguiente, abdicar también de su libertad; porque no puede seguir otro camino, recto ó tortuoso, que el que de antemano se le ha señalado. Quien lleve el segundo, se halla libre y encuentra siempre el horizonte despejado; con la luz de su razón y la voz de su conciencia, puede humanamente investigar la verdad ó combatir el error, donde quiera que se hallen, lo mismo en las páginas de la Biblia, que en las del Corán, ó que en las del Zendavesta; lo mismo en las Encíclicas de un Papa, ó Pastorales de un Obispo, que en las órdenes de un Rey, ó acuerdos de un Ministro; lo mismo en el seno de la sociedad, que en el seno de los conventos y monasterios. Los que sigan el primero, en fin, vienen obligados á vivir como corderos y formar un solo rebaño; porque así lo manda

la Santa Madre Iglesia. Los que sigan el segundo, pueden y deben vivir como seres inteligentes y libres, pueden y deben vivir como hombres; porque para esto han nacido.

Ahora, el lector discreto, el lector independiente, que juzgue y diga cuál de los dos rumbos deben seguir los pueblos; que juzgue y diga si la Escuela laica es ó no la única que puede regenerarlos.

Durante largos siglos han sido educados los pueblos bajo la influencia de la religión católica: ¿dónde están los resultados? Durante largos siglos ha sido la Iglesia la maestra del mundo; y el mundo, según ella, sigue siendo malo: ¿por qué no supo hacerlo bueno? Porque para hacerlo bueno, es preciso amarlo; es preciso vivir en él, interesarse por él, sacrificarse por él y la Iglesia, lejos de esto, no ha hecho sino aborrecerlo.

Hubo una época, y no son muchas las que en este sentido pueden registrarse, en que la labor de la Iglesia fue beneficiosa para la humanidad. Allá, en los comienzos de la Edad Media, cuando esa avalancha de pueblos bárbaros, germanos principalmente, cayó sobre el Imperio Romano y trató de repartírselo, el mundo peligraba, amenazaba ruina. Gente sin instrucción, salida del fondo de los bosques, sin hábitos sociales, faltos de disciplina, con escasas nociones de gobierno, y dueños ya del Imperio Romano, al menos del de

Occidente, no supieron qué hacer con él. Divididos en numerosas tribus, sin lazo alguno de unión, ni el idioma, porque hablaban varios; ni la religión, porque profesaban varias también, y con ellas estaban en perpetuo choque con la que ya profesaban los pueblos vencidos; ni la patria, porque eran tribus errantes; ni las leyes, porque, aunque las tuvieran, eran muy imperfectas; ni la cultura, en fin, porque, á fuer de bárbaros, no pudieron tenerla; hizo, digo, todo esto, el que no supieran entenderse, y el que trataran de despedazarse unos á otros. Entonces, les sale al encuentro la Iglesia y, empuñando la Cruz, les convierte al cristianismo; y así salva al mundo de una inminente hecatombe. Es, repito, uno de los pocos períodos en que la Iglesia ha resultado ser un tanto humanitaria. Después.....¿después qué? Continúa la Edad Media; la única Edad dichosa para la Iglesia, porque es la única en que pudo ser á su sabor ama y señora del mundo. ¿Y qué es lo que el mundo puede agradecer á la Iglesia durante esa Edad, que no sin razón ha sido considerada como "una noche de diez siglos?" No descorramos el velo de aquellos tiempos: no lo descorramos, porque en esto lo peor es *meneallo*. Sigamos. Entra la Edad Moderna. Los espíritus fuertes, los espíritus independientes, rompen con la única ciencia, si así puede llamarse, de los

tiempos medioevales; rompen con el escolasticismo, y buscan en la Naturaleza, en la razón y en la experiencia, el origen del verdadero progreso: desde entonces se inicia una nueva era para la humanidad. Estalla el Renacimiento en todas sus vigorosas manifestaciones; desaparecen los fútiles y estériles ergotismos de la Escolástica; el pensamiento humano se emancipa; la ciencia sacude el yugo de la Iglesia, y el progreso toma más altos vuelos y más certeros rumbos. Nuevas ideas, nuevos principios, nueva filosofía, muchos inventos, muchos descubrimientos, que viene todo ello á probar hasta dónde pueden llegar los hombres, cuando los hombres saben ser libres.

Mas, aunque durante la Edad Moderna, esas ideas y esos principios sigan en progresión creciente, los pueblos latinos no pueden, sin embargo, entrar de lleno en esa nueva vida, en esos nuevos rumbos que aquellos tratan de imprimir; porque la Iglesia, que sigue educándolos, es para ello un invencible obstáculo. Por esto fue necesario que sucediera lo que sucedió: que los hombres abrieran los ojos, que se dieran cuenta de lo que son, que estallara la Revolución, que más que francesa fue universal, y que se organizaran después, como se viene haciendo, las regeneradoras Escuelas laicas.



VII

La libertad de pensamiento, de palabra, de conciencia, la libertad en todos los órdenes, que tan enemiga ha sido de la Iglesia y por lo que esta tanto brega y seguirá bregando para destruirla, es sin embargo una condición esencial del progreso.

Si la Historia es "maestra de la vida," apelemos á la Historia. Desde que los pueblos anglo-sajones, con su Reforma, adoptaron el libre examen en materias religiosas, se pusieron en condiciones de ir poco á poco á la vanguardia del progreso. A ellos corresponde la gloria de haber sido los fundadores de la Escuela primaria, que es la base de toda prosperidad. Siendo, según ellos, libres los hombres para formar sus propias creencias, su propia fé, en asuntos de religión, y siendo al mismo tiempo, responsables de esa misma fé, viéronse obligados á razonar, á discutir, á ilustrar su conciencia para saber en qué cosas debían creer y en cuáles no. De ahí nació para ellos la necesidad

de instruir al hombre y, por ende, la necesidad de las Escuelas primarias.

No tardaron en tenerlas también los pueblos latinos: La Salle cuidó de fundarlas, y los Hermanos Cristianos de conservarlas hasta estos nuestros tiempos. Mas el espíritu de aquellas no es el espíritu de estas. Para los anglo-sajones, la escuela primaria es la escuela de la razón: en ellas se piensa, se reflexiona, se argumenta, se discute primero para *creer* después. Para los latinos, la escuela primaria ha sido la escuela de la fé: en ella se imponen los dogmas; se enseña á creer primero, y luego.....á no poder nunca dejar de creer. Ese distinto modo de ser que las unas tienen respecto de las otras, no ha podido por menos que producir también distintos resultados. ¡Y cuán distintos! Los pueblos anglo-sajones, con la razón y la conciencia por guías, pudieron descubrir los secretos de la enseñanza primaria y basarla sobre sólidos principios. Por esto ellos, á este respecto, han sido los primeros maestros, y por esto nosotros, los latinos, debemos confesar que hemos tenido que aprender mucho de ellos.

Y como la educación primaria tiene siempre resonancia durante toda la vida; como los hombres no son sino lo que su primera educación les permite ser, esa escuela, esa primera enseñanza á que nos referimos, ha contribuido en gran parte á que hoy,

la raza anglo-sajona, se considere por sus hábitos, por su disciplina, por su carácter y por su sentido práctico, superior á la raza latina.

¿Debemos, pues, nosotros, seguir con los mismos sistemas educatorios? ¿Debemos consentir que el clero y las ideas del clero sigan privando en la enseñanza? Sigamos consultando la Historia. El mundo latino y el mundo anglo-sajón, antes de la Reforma, fueron educados al amparo de unas mismas ideas y de unos mismos sentimientos: por esto los anglo-sajones, hasta entonces, no fueron en nada superiores á los latinos. Mas desde ese momento histórico, unos y otros siguen rumbos distintos: los anglo-sajones, guiados por las doctrinas de Lutero, Calvino, Melancthon, Ratich, Comenio, etc., toman por base la *razón*, y mediante ella, logran organizar debidamente la primera enseñanza; y con la base de una buena primera enseñanza, todas las demás fuentes de prosperidad surgen como forzada consecuencia. Los latinos, guiados por las doctrinas de Ignacio de Loyola, y sus discípulos los Jesuitas; y por las de La Salle, y sus discípulos los Hermanos Cristianos, toman por base la *fé*, y, abusando de ella, vician las escuelas con esa nociva atmósfera religiosa en que procuraron envolverlas, sin conseguir con ello otros resultados, que el de esterilizar la enseñanza y hacer inaccesible para nosotros todo eso

que he dicho constituye la superioridad de la raza anglo-sajona.

Y en esto consiste precisamente, el que la enseñanza laica sea para nuestros pueblos latinos, mucho más necesaria de lo que lo es para los pueblos anglo-sajones. Estos pueden muy bien enseñar su religión en las escuelas, y así lo hacen algunos de ellos; aunque, en mi concepto, nada perderían ahora con no hacerlo; pues sus escuelas podrían seguir siendo lo que son, podrían en ellas desenvolver por los mismos excelentes métodos las fuerzas todas de la niñez: ya que ello no es sólo necesario para interpretar ó comprender los asuntos religiosos, sino, principalmente, para interpretar y saber cumplir el destino social á que el hombre está llamado. Mas, repito, la religión en esos pueblos no es como en los nuestros, una valla para el progreso; y por esto nosotros, más que ellos, necesitamos á todo trance implantar las escuelas laicas.

Los fines que estas se proponen, no pueden ser, por tanto, más dignos y nobles de lo que son. En ellas, aunque no se enseñe religión alguna, no se abrigará jamás los propósitos de lastimar los sentimientos religiosos de nadie. Además, estos sentimientos, aunque se haya dicho que existen hasta en las tribus salvajes, es lo cierto que nunca son lo que deben ser, hasta que la razón y la conciencia adquieran el desarrollo y vi-

gor suficientes para poderlos sancionar. ¿No es la razón, la que nos ha hecho ver las extravagantes ideas que tenían los pueblos primitivos, los egipcios, por ejemplo, de querer adorar y rendir tributo á las cosas inanimadas y hasta los animales inmundos? Pues bien: los niños son como esos pueblos primitivos. En la vida de la humanidad, como en la vida de cada hombre, se destaca una infancia, y la infancia no es la edad á propósito para abordar asuntos que no pueden ser comprendidos sino hasta que la razón y la conciencia hayan llegado á la plenitud de todas sus fuerzas. Por esto la religión no debe enseñarse en las escuelas primarias; y por esto éstas deben ser laicas.



VIII

La educación humana nunca será lo que debe ser, mientras que en ella no se sigan estrictamente las leyes á que obedece la vida física, moral é intelectual del hombre. Estas leyes en ninguna parte pueden encontrarse sino en el hombre mismo, que es un compendio de la misma Naturaleza. Esta verdad tan clara y tan palmaria, ha permanecido ignorada durante muchos siglos. El Antiguo Oriente educó á los hombres, pero los educó mal. Grecia y Roma antiguas educaron á los hombres pero los educaron sólo en parte, que equivale á educarlos mal. La Iglesia, durante la Edad Media, educó á los hombres, pero no los educó como se debía. La Iglesia durante la Edad Moderna, educó á los pueblos latinos, pero no anduvo acertada en esta educación. El hombre pues, entre nosotros, nunca ha sido bien educado, porque nunca ha sido bien comprendido; y seguiríamos comprendiéndole é interpretándole mal, y por lo mismo, edu-

cándole mal, sino estuviéramos dispuestos á seguir otro camino distinto del que hasta ahora se ha servido señalarlos la Iglesia.

En la educación humana, repito, como en el desarrollo de cualquiera de los seres que figuran en el gran cuadro de la Creación, no puede procederse contra Natura, y Natura ha sido, es y seguirá siendo siempre irreconciliable enemiga de la Iglesia: por esto la Iglesia no es, no puede ser, la llamada á educar á los hombres; y por esto los hombres han creído necesario prescindir de ella y de sus doctrinas, y buscar en otras fuentes los principios en que debe descansar la humana educación. Estas fuentes no son, no pueden ser otras que la Naturaleza, la razón y la experiencia; y ellas y sólo ellas, son las que deben informar y presidir la obra de las regeneradoras escuelas laicas.

No han podido éstas dar aún los frutos apetecidos porque, además de carecer de los medios que les son necesarios, cuentan con la poderosa oposición que todavía hoy puede hacerles la Iglesia. Mas estoy tan seguro de la bondad que ellas encierran y de la superioridad que habrán de tener sobre las fundadas por el Clero, que quisiera ¡vive Dios! poder presenciar el fallo que más tarde el tiempo habrá de dar sobre las unas y las otras.

Las Escuelas laicas son las únicas que hasta ahora hayan intentado educar al hombre tal y como el hombre es en sí; porque los principios en que descansa la educación que ellas tratan de proporcionar, se buscan en donde ya he dicho deben buscarse. En todos los países y en todos los tiempos se ha educado al hombre, pero en todos los países y en todos los tiempos se le ha educado mal. Y esto obedece precisamente á que no se le ha conocido cual es debido. Es ya un principio axiomático en materia de educación, que ésta no crea; que no puede dar nada de lo que ya no exista en el recién nacido, siquiera sea en estado embrionario, y que el educador, por tanto, no puede hacer otra cosa sino contribuir al desarrollo de los buenos gérmenes y combatir y extirpar los malos. ¿Y cómo llevar á cabo esa magna obra sino estudiando la naturaleza del hombre y siguiendo paso á paso las leyes á que obedece dicha naturaleza?

Por esto la Iglesia, repito, que ha sido siempre enemiga de la Naturaleza; por esto la Iglesia que ha vivido siempre entre misterios, entre sombras y penumbras, no ha logrado ver claro en esto. De ahí que no haya podido educar bien á los hombres; de ahí que no sepa salirse nunca de ese socorrido estribillo, de que el mundo es malo.

La racionalidad, la libertad, la moralidad, la sociabilidad, las artes

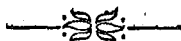
liberales, las artes mecánicas, el comercio, las industrias, las ciencias, el amor á la familia, el amor á la patria, el amor á la sociedad, son virtudes y fuerzas propias y exclusivas del hombre; y que sólo puede cultivarlas quien conozca al hombre, quien se interese por el hombre, quien ame al hombre, á la humanidad, al mundo.

Por esto no es de extrañar la oposición que la Iglesia, la oposición que el Clero y toda la Comunidad religiosa, han hecho, hacen y seguirán haciendo á las Escuelas laicas. Pero sí es extraño que ante la evidencia de los hechos, se pretenda combatir estas escuelas y los maestros que las dirigen, diciendo que son *lepra*; diciendo que son *altivos*, *oscuros*, *groseros*, *derrochadores*, *haraganes*, *calamitosos*, y otros improprios del mismo jaez.

Dejad; dejad que el mundo marche: dejad que el tiempo, que es el gran juez, falle sobre esos trascendentales asuntos: y ya veréis lo que son las Escuelas laicas. Veréis entonces, si es que no queráis cerrar los ojos á la luz de la razón, cómo los pueblos irán por mejores senderos; cómo ellos, sabiendo ser libres, lograrán conquistar mayores progresos y mejor bienestar; veréis cómo entonces habrá más altruismo, más pureza de sentimientos, más sinceridad. Abrid los diccionarios y encontraréis vosotros los recuerdos que habéis dejado de vuestra defectuosa

educación; abridlos y hallaréis que la palabra jesuíta quiere decir entre otras cosas, *hipócrita, solapado, astuto y diestro para sus negocios.*

Ya veréis, como eso nunca se dirá de las Escuelas laicas, ni de sus maestros.



IX

Hoy expuesto algunas ideas relativas á la enseñanza laica, y con esto he cumplido con el compromiso que al principio contraí de dar á conocer mi opinión sobre este capital asunto. Réstame, ahora, bosquejar la influencia que dicha enseñanza puede ejercer en el porvenir del pueblo ecuatoriano, y las serias dificultades que hay que vencer para que se implante como es debido y dé los resultados que de ella puede y debe esperarse.

Lo primero puede inferirse de cuanto llevo dicho. El Ecuador es, á no dudarlo; uno de los pueblos latinos donde más hondas raíces ha echado el elemento clerical; donde las comunidades religiosas han logrado más eficazmente monopolizar la enseñanza; donde ha imperado mayor intransigencia en asuntos de religión, y donde, en pleno siglo XX, se ha pretendido sacar provecho de esa arma poderosa y terrible, *la excomunión*, que la Iglesia solía emplear en

otros tiempos, que por fortuna ya pasaron. El aislamiento en que ha permanecido el pueblo, sobre todo en el interior, debido en primer lugar á la falta de cómodas vías de comunicación, es la principal causa de ello. La cultura, como el calor, tiende á buscar el equilibrio, y esto sólo se consigue mediante el roce ó contacto de unos pueblos con otros. La luz y la verdad, en el orden moral, como el Sol en el orden físico, son origen de vida y causa de todo movimiento. Por esto los pueblos más cultos nutren y mueven á los menos civilizados. Por esto nadie ignora que Francia, Inglaterra y Alemania alimentan y empujan á la vieja Europa; que la vieja Europa alimenta y empuja á los Estados Unidos, á Chile y á la Argentina, y que estas Repúblicas pueden ya alimentar y empujar á los restantes países de la joven América. El aislamiento es hoy mortífero. Esas inyecciones que puede introducir el elemento extranjero, son indispensables. Es cierto que el *libro* y la *Prensa* surcan los mares, atraviesan las llanuras, traspasan las montañas y se extienden así por todos los ámbitos del mundo; pero eso no basta. Esa ciencia *libresca* es necesaria, pero no es suficiente. El texto vivo es el hombre mismo, son sus obras, es su ejemplo. Por esto, repito, el Clero ha podido aquí desenvolverse á su sabor, é imperar en el hogar, en la escuela y en todo el organismo social,

excepto la cabeza, el Gobierno, que no há mucho pudo salvarse. Hay necesidad, pues, de una reforma, pero de una reforma radical; y la *Enseñanza laica* es la única que puede llevarla á cabo. Con ella, vendrán después las demás fuentes de riqueza, los demás factores del progreso. Sin ella, toda reforma será ineficaz é imposible todo adelanto.

Lo segundo exige de mi parte el que entre en algunas breves consideraciones.

Las escuelas laicas, por ser escuelas modernas, por ser las llamadas á regenerar á los pueblos, deben hallarse organizadas de modo que puedan responder á esos mismos nobles fines.

Esas escuelas necesitan ante todo locales *ad hoc*. Hoy existe una arquitectura puramente escolar. Hoy debe estudiarse escrupulosamente el sitio donde se trate de levantar el edificio escolar; la forma y dimensiones que éste debe tener; las dependencias, esto es, las habitaciones, salas, patios, jardines, etc., que debe contener; la capacidad de cada una de estas dependencias, y la disposición ó situación que las unas deben guardar respecto de las otras, á fin de que todas ellas puedan funcionar libre é independientemente y en todas ellas resulte fácil la vigilancia ó inspección, etc. Dése ahora siquiera un vistazo general á los edificios escolares de la República, y véase cuán distantes están de reunir esas condicio-

nes higiénico pedagógicas que han menester.

Esas escuelas necesitan como condición imprescindible, inaplazable, hallarse dotadas de todo ese excelente mobiliario, de todos esos excelentes aparatos, instrumentos, libros, cuadros, láminas, fotografías, mapas, globos; de todos los medios materiales, de todos los útiles que la moderna enseñanza reclama. Visítense las librerías, los almacenes escolares, los museos pedagógicos que existen en los principales centros cultos del mundo, ó léanse al menos sus catálogos, y se verá cuán abundantes y ricos son en esa clase de objetos. ¿Los planteles de enseñanza primaria fundados en el Ecuador, cuentan ya con todo eso, ó siquiera con la mayor parte de todo eso?

Esas escuelas necesitan sobre todo maestros, pero maestros que lo sean en la moderna acepción de la palabra, maestros de nueva cepa; maestros que *sean* por su carrera, por su cultura, por sus aptitudes y por su vocación, verdaderos "artistas del progreso;" no maestros improvisados que, por reveses de fortuna ó por influencias políticas, *estén* de maestros ó *hagan* de maestros.

Pues bien; así como hay universidades donde se forman los médicos, abogados, farmacéuticos, etc.; así como hay escuelas especiales donde se forman los pintores, músicos, escultores, etc.; así también existen

Institutos Normales donde se forman los verdaderos maestros. Estos Institutos, por ser en el Ecuador de muy reciente fundación, se hallan en él en estado puramente rudimentario. Visítense los de Quito, especialmente el de Varones, que por esto mismo, por ser los de la Capital, vienen obligados á ser institutos modelos, y se verá cuán distantes se hallan, por la pobreza de sus recursos materiales, de hallarse á la altura que exigen los modernos adelantos pedagógicos; y cuán difícil es, por consiguiente, que llenen los fines que de ellos se puede y debe esperar.

Por vía de conclusión, creo oportuno reproducir ahora lo que no ha mucho dijo el diario, *EL TIEMPO*, en un conceptuoso editorial: "el partido liberal ha conseguido el triunfo mediante las armas, pero esto no es todo: debe conseguirlo también mediante la instrucción."

Ya lo sabéis, pues, vosotros que pertenecéis á ese avanzado partido; vosotros que venís llamados á levantar el espíritu del pueblo; vosotros que sois los destinados á sentar las bases del nuevo Ecuador; ya lo sabéis, repito, y no os durmáis en los laureles. No olvidéis que la unión hace la fuerza, y que vosotros no estáis unidos. No olvidéis que el ramo de Instrucción Pública reclama atención preferente, y que se halla un tanto descuidado. No olvidéis que hay aún muchos millares de jóvenes ecuator-

rianos educándose en los planteles dirigidos por comunidades religiosas, y cuya nociva influencia ya he dado á conocer. No olvidéis que esos millares de jóvenes serán mañana otros tantos defectuosos ciudadanos con quienes habrá que luchar. No olvidéis, en fin, que el *niño* y la *mujer* aún están en poder del Clero, y que mientras vosotros no los podáis conquistar, os hallaréis siempre en peligro de sucumbir.



TÍTULOS

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE FOLLETO



- I**—Origen de la Enseñanza laica.
- II**—Los pueblos latinos y la Iglesia.
- III**—Objeto de la Enseñanza laica.
- IV**—El laicismo ante el fanatismo.
- V**—El laicismo ante la Escuela confesional.
- VI**—El Mundo juzgado por el laicismo y por el catolicismo.
- VII**—La enseñanza según los latinos y según los anglo-sajones
- VIII**—La Enseñanza laica como la única verdadera.
- IX**—El laicismo ante el porvenir del Ecuador.

